

Ella ¿quién era ella?

AMINTA BUENAÑO RUGEL *

usted nunca la conoció camarada, ella era distinta a todas las que usted por sus largos viajes dejaba embalsamadas con un reguero de distancias y que luego las pobres como tristes sirenitas enloquecían llamando con sus voces desesperadas al otro lado del mar. usted — como lo oye — nunca la conoció y vaya ¡qué descaro! luego dice que sí. ella no era la que usted vio con el traje de seda roja sobreponiéndose a unas manos pálidas que chispeaban anillos fosforescentes: encandilándolos, jugando con

-
- * Joven narradora y destacada profesora de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad de Guayaquil, ha sido honrada con la designación de Coordinadora Nacional para el I Encuentro Iberoamericano de Jóvenes Creadores a realizarse en Madrid, del 26 al 31 de Mayo del presente año, como una de las actividades tendientes a festejar el Año Mundial de la Juventud. Este Congreso de jóvenes escritores revestirá trascendental importancia en la medida que reunirá personalidades del mundo de las letras en la defensa de los espacios culturales hispanoamericanos y permitirá conocer ampliamente sus obras y pensamientos.

Aminta Buenaño ha realizado importantes entrevistas a polémicos personajes mundiales como Dalí, La pasionaria, Vargas Llosa, José Donoso, Juan Carlos Onetti, Camilo José Cela, Dámaso Alonso, Caballero Bonald, etc. Sus relatos han merecido los siguientes premios:

PREMIO NACIONAL DE CUENTOS 1978, DIARIO EL TIEMPO, Ecuador
II PREMIO CIUDAD DE SAN SEBASTIAN, 1979. San Sebastián, España
I PREMIO DE CUENTO JAUJA DE VALLADOLID, 1979, España.

el hierro rojo de las venas, asegurando sus prolongación en chispas llenas de fuego no, seguro que no, ella no era la putita descalza que hacía strip — tease por las noches frente a un montón de mesitas repletas de vino y de cigarros repletos de hombres repletos de lujuria, y que usted saludó con un rosado intento de violación en el camerino cuando ella ensayaba con una flor en los labios — sus bailes de fuego. tampoco era la fugaz bailarina de cabellos escandalosamente rubios que envolvía sus manos con caramelos de chocolate y luego las lamía complaciéndose en hacerlo para mostrarles a todos ustedes que ella para todo servía, seguro que no. si usted la conoció así, mejor dicho: dice conocerla, entonces usted no es nada más que otro hijo de puta, otro grandísimo hijo de perra que nunca vio más allá de sus narices

cree que estoy loco ¿verdad?, que la pena está acabando con tres cuartos de mis sesos . . . bueno, en fin no importa, no importa nada lo que usted crea . . . pero, a ella sí que le importaba, le importaba tanto como a usted le importa ese cigarro que chupa con desgano . . . por qué me mira así . . . esa sonrisita guasa que brinca en sus mejillas, arriando los pelos suficientes para tratar de ser comprensiva, almidonándola para escuchar a quien realmente no se quiere escuchar y luego se escucha para desagraviar pesares, me pone mal . . . recuerdo como se puso mal aquella noche en que se le dañó el cambrión del zapatito, tan fino y puntudo, que ella muy alegre estrenaba. la verdad, la purita y mera verdad es que me dio harta pena oirla quejarse por algo que había atesorado tanto, y a regañadientes del patrón dejé al cuidado del muchacho las puertas de la boite!

había que ver nada más su cara para saber lo contenta que estaba cuando le despaché el problema en un dos por cuatro; entonces camarada, me fijé en sus manitas pequeñas dulcemente ahuecadas y en su rostro, sí, como lo oye: en su rostro que todos conocían pero de otra manera. su rostro; el verdadero, el

real, el único, era semejante al de la virgen maría, así de hermosa. sonreía con unos dientes chiquititos de ratón, que se parecían a los de la graciela, mi sobrina. ella me miraba con unos ojos buenos, recuerdo bien la frase que dijo: gracias chato, me quedé callado y luego también dije ¿de qué pues mi niña?. entonces ella se volvió a reír, a reír y a seguir riéndose, después se fue: gracias por lo de niña me dijo. supe que yo había sido algo así como descubridor de una nueva américa, nadie, estoy convencido que nadie la había conocido realmente antes. más tarde la volví a ver en su mesita, aquella que estaba situada junto al bar y que ella prefería porque así podía tomar nomás los licores sin pedirle permiso al patrón que luego recordaría eso en su sueldo. ya había terminado mi guardia y me complacía en borrar del mapa a todos los ilustres guapetones que querían echarse la siesta allí. ella volvió a reír y con un dedo curvado me indicó que me acercara: gracias por lo del zapato, susurró. no dije nada. la veía cansada, sus ojos, mejor dicho sus párpados, eran servilletas exprimidas, ajadas por los últimos esfuerzos de aquella noche devoradora de luces: detrás de los polvos blancos adivinaba grandes ojeras. váyase a la cama, le dije. ella murmuró mierda, nada más que mierda, y siguió bebiendo. me senté a su lado, parecía una pluma, se doblaba y al compás de una fuerza misteriosa se erguía y volvía a enseñar su boca llena de dientes chiquititos y a mostrarme una lengua que se moría de colorada. cuando se durmió, camarada, la llevé a su cuarto. si hubiera visto lo que yo ví, habría comprendido: la cama estaba tendida con una dulce sábana toda bordada de inscripciones que decían: "no me olvides", "quíereme mucho", "cariño" y cosas así, en las puntas tenía pegada montones de retazos de los más vivos colores, como si se pasara toda la vida cosiéndola. su cuarto estaba lleno de estantes colgados coquetonamente de las paredes y en ellos había muñecas de diferentes tamaños, vestidas con primorosos encajes, que guardaban la brillantez y la limpieza que tienen todas las cosas nuevas; parecía que una mamá buena pensaba siempre en ellas. algunas muñecas eran de caucho,

otras de trapo, y había una pequeñitas metidas en una cajita de cristal antiguo que eran de plastilina. en una mesita con un viejo mantel en el que porky anunciaba mantequilla, tarzán tomaba un vaso de quáker y un general afirmaba que las fuerzas armadas entregarían en un plazo muy corto el poder, reposaba un librito que decía en grandes caracteres: MI DIARIO. me asombré de que una mujer tan trajinada como ella tuviera un diario y de pura curiosidad volteé una de las páginas y leí: "hoy me he comido las uñas", lo cerré enseguida, temeroso de haber roto la porcelana fina de su intimidad, y ya me iba en puntas de pie, despacito para no despertarla, cuando ella me sintió y me llamó, no sabía qué decirle, preguntó si ya se habían ido todos, le contesté que sí. ella se cogió la cabeza y dijo que quería sacársela, ¿para qué? pregunté gimió y se estiró un poco en la cama, de modo que también pude ver que en realidad su cuerpo era una miniatura, igual que sus muñecas de plastilina. sus brazos, de repente, se mecían en mi cuello. le acaricié largamente la cabeza sembrada de largos pelos y ella se puso a llorar, primero con un llanto quedito como para que yo no me diera cuenta; después, a medida que sentía más fuerte el calor de mi pecho y que yo pasaba y repasaba mi mano sobre su frente, su cráneo, ella lloraba más, hasta tuvo que pedirme un pañuelo para limpiarse la cara que ahora estaba más limpia que nunca

con la cabeza prendida bajo mis axilas me contó que cada noche que iba a bailar le dolía la parte más baja del estómago, pero que ella se aguantaba y no lo comentaba con el patrón por temor a que la echara, yo le propuse que fuera a un médico, me preguntó si yo los visitaba, nunca contesté. ¡eso, eso mismo hago —dijo—, les tengo pánico, concluyó. me miró con sus ojos pardos y volteó las canoas para encerrar sus aguas, le dije que dejara de llorar, que si me obedecía le iba a escribir un poema, igualito a esos que salen en los diarios, afirmé. Sonrió . . . ¡si hubiera visto usted qué bonita se veía!, después de un largo momento de silencio en el que sólo se oía el barullo que armaban sus pensa-

mientos y los míos, estiró las puntas de mi bigote y me quedó mirando intensamente: lástima que seas un pobre y triste portero, dijo. me sentí hostigado con aquella observación, no por el contenido pero sí por la forma en que estaba dicha ¿y qué hay?, me encontré respondiendo, ella chasqueó los labios como quien lo sabe todo y susurró: te pediría entonces que te casaras conmigo, y seguía acariciándome la cara; luego dijo, enumerando con los dedos: y tendría esposo, papá, tío, amante, hermano, abuelito . . . Se rió ¡qué sana era su risa!. Sus piecitos buscaban mis manos y se guardaban friolentos. verla así, camarada, dentro de una sábana que la envolvía y hacía que naufragara violentamente, produciendo ante mis ojos una figura real de niña adolorida, perdida después de una borrasca, me conmovía. . .

pepito rodríguez, aquel muchacho que era una hoja amarilla volante, también me lo dijo un día: ella me conmueve es . . . es . . . cómo diría . . . ” y nunca me lo llegó a decir, pero yo lo comprendí bien. él acostumbraba a venir a observar el espectáculo solamente (a ella) y se escondía (casi se escondía) entre las mesas más apartadas y contemplaba con ojos semicerrados por unos párpados abundantes como toallas puestas a secar, el strip-tease en el que ella se desmadejaba poco a poco y dejaba en cada prenda sus besos, su aroma, sus cabellos y esa sonrisa triste, tan suya; y en el que las luces de colores disfrazaban tíbiamente su desnudez. más tarde con la terrible ansiedad de un inspirado aguardaba que ella bajara a los camerinos para arrastrarse desesperadamente tras la puerta: ¿puedo pasar? ¡pase! y estornudando sucesivamente, preso en un horno de pan, alargaba con manos temblorosas un dibujo lleno de raras curvas que corrían a través de un mar de espuma que él afirmaba que eran cabellos pero que tanto a mí como a ella nos parecía que era fruto de un cerebro desquiciado. ella estiraba cortésmente los labios y los brazos, contemplaba o hacía que contemplaba el dibujo y le decía: está bonito. el muchacho se despedía con ojos tiernos mientras cientos de pajaritos volaban románticamente a la altura de

su cabeza. para luego, ella, suave y tolerante, buscarle en la soledad de su cuarto pies y cabeza al dibujo, molestándose (me) y fastidiándose (me) constantemente: pero ¿qué es esto Rafael? — nada pues mi niña — ¡pero él dice que soy yooo! y abría las cuencas de los ojos, asustada!. ¡qué va, no mi niña, lo que pasa que todos estos artistas son profesores de cojudismo. ella asentía y estrujaba con sus manitas blancas hasta hacer añicos el papel difamador.

Sí camarada, debo reconocer que pepito rodríguez, pintor y poeta, la amó de alguna manera e intentó amarla de todas las maneras del mundo o de todas las mangueras, como ella diría riendo, si estuviera entre nosotros, pero no pudo, claro está: la muerte se le adelantaba . . . ¿por qué será camarada que la muerte repudia a su amante? yo, pobre y viejo, siempre la estuve llamando, e incluso un día todo gris y azul, como eran los días en que ella se ponía triste, grité a todo pulmón para que se alegrara y dejara de pensar que el estómago le dolía: ¡maldita enfermedad veeente con este viejooo! y ella llorando y riendo se cogía el estomaguito e intentaba aplaudirme. en ese momento, le juro camarada, que en ese mismo momento ví a la maldita muerte enamorándola. . .

ahora estoy aquí, como estaría allá o en cualquier parte, porque necesito estar fuera de mí mismo, porque quiero que la pendeja existencia me cubra desde sus raíces y me agobie, mientras ella agoniza o agonizó en una clínica, porque para la cuestión de la muerte todas las elínicas son lo mismo. ahora que estoy enredado desde la punta de mis zapatos en su cara boquiabierta, y con el recuerdo de ella montándose en esa melodía que dice: el amor/ no sabe de fronteras/ de distancias ni lugar/ no tiene edad/ puede llegar . . . que cantaba amechosamente, azucaradamente, chicleadamente el julio iglesias, en tanto ella, con sus ojos y su voz a solas, en un rincón del bar, tristemente temblorosa, ponía esa expresión lánguida y desam-

parada que insistía en llamar sentimental y suspiraba, mientras se acordaba de aquella historia lejana y aturdida que revivía después de unos cuantos quisquis: "yo tuve un gran amor, sabe, era un amor/ hip. . . grande muy grande, hip déjame recordar. . . se llamaba José Luis Pinta, bonito nombre ¿cierto? . . . se fue . . . hip. sí, camarada empezaba acordándose de él y terminaba resucitando a todos los ilustres que pasaron por su vida cagándose en sus pestañas . . .

ella, ¿qué era en realidad ella?, ¿era una fotografía que aparecía en las revistas porno?, ¿era la mujer sexo abandonada a los saludos insolentes de tubos verticales que se alzaban orgullosos a la visión del calor de su cuerpo? ¿era el carajo para ustedes? ¡diga, diga, diga, que en este momento ya nada me duele. . .!

usted no vio el bochinche que se armó en la boite cuando ella, a la que ya le faltaba concluir el desnudo con el giro sensual de sus piernas que despediría al minúsculo bikini, cayó bruscamente. el patrón, con toda su solemne pereza, se acercó furioso a levantarla entre chiflidos y devuelvanme la plata, hubo un zambo que grito: ¡haz tú el strip — tease pelotudo!, y los jajaja saltaron a la pista. ella, inconsciente, derramándosele los pechos rosados y los muslos abiertos como arcos no de triunfo sino de tristeza, clamaba protección. el patrón (mandón — panzón — putón) ordenó sacarla, pero antes de que terminara de masticar la última sílaba ya la tenía en mis brazos, y me encontraba conduciéndola desesperado a la clínica del doctor Pérez por esa larga y ardua carretera que es el mismo doctor Pérez, quien me dijo: póngala allí, señalando una cama que se abría de blancura, mientras miraba indiferente su desnudez y gravedad, ignorando los latidos pon pon pon de mi corazón y mis dedos cruzados: cruz, cruz, cruz, que se vaya el diablo y venga Jesús!, y mis labios que la encomendaban a todos los santos habidos y por haber. al acabar la sexta ave maría se la llevaron y me quedé ennochecido entre batas blancas como palomas que se movían picando de un lado



a otro, saltaban las escaleras, abrían las alas para contestar a un riiiiinn imprudente, dejando ver aquella cruel serenidad

más tarde la ví, la arrastraban en una camilla a otra sala, dormía o parecía que dormía, toda alborotada su cabellera rubia y en el fondo, más abajo de sus dolores, aparecían dos pies diminutos que me preguntaron temblorosos por qué lloraba, no supe qué decirles, y me limpié los ojos. ella respiraba dentro de una cámara de oxígeno. de nuevo vi el rostro pétreo del doctor perez; quien me apretó con su mano pétrea el brazo derecho y haciéndome una de sus pétreas concesiones me dijo: váyase a dormir; hay que operarla, la enfermedad se está complicando. y ella es débil, hay pocas posibi. . . (ya se iba) y, ah, avísele a la familia. . . ¿cuál familia. . .? la muerte era su familiar más cercano y ya se estaba ocupando de ella. . .